

Beata Biedrońska-Słota

Comisaria de la Exposición

Introducción a la Exposición

La exposición *La Edad de Oro de Polonia* ha sido preparada por el Museo Nacional de Cracovia por especial invitación de España. Su propósito es dar a conocer los logros artísticos y culturales de Polonia desde el reinado de Casimiro III el Grande (1310-1370) hasta la pérdida de la independencia en 1795, con especial atención a los siglos XVI y XVII, el período más brillante de la historia del país. Las obras que se han reunido para esta exposición guiarán a quienes la visiten en un recorrido por la historia de Polonia y a la vez pondrán de manifiesto la riqueza de su patrimonio artístico. El florecimiento del arte polaco en esa época fue posible por el apoyo de los monarcas y la generosidad de la nobleza – propietaria de enormes extensiones de tierra, sobre todo en lo que era entonces la periferia oriental de Polonia. El continuo encargo de obras a los mejores talleres de Europa occidental es otro signo del esplendor artístico de esa época.

En la primera sección de la muestra se exponen pinturas, esculturas y piezas de artes decorativas realizadas en la Polonia medieval. Figuran en ella testimonios de los albores del Estado polaco, como por ejemplo monedas acuñadas por sus primeros soberanos –entre las que destaca el dinar de Boleslao I el Bravo (967-1025). El mecenazgo real y el de una clase acomodada que se estaba desarrollando con dinamismo produjeron un arte de gran calidad. Los pintores y escultores estaban integrados en gremios, y sus obras se ganaron un puesto en el panorama del arte europeo. En esta exposición, esa producción está representada por las obras realizadas en talleres de Cracovia. Tuvo mucha pujanza, especialmente en la primera parte del siglo XV, la tendencia escultórica denominada *estilo bello*, del que se incluye aquí un ejemplo excelente: la Virgen portátil de Klonówka. Inserta en el amplio movimiento artístico del Gótico internacional, presenta a la *Mater Misericordiae* amparando a importantes dignatarios, entre ellos uno de los caballeros teutónicos sobre los que los ejércitos polaco-lituanos obtuvieron en 1410 una espectacular victoria en Grünwald.

La segunda sección está dedicada al arte y la cultura del Renacimiento polaco, y en ella se exponen piezas del período de la dinastía Jagellón (1386-1572). Una brillante muestra del gusto de esta familia es la encuadernación bordada de un libro de Ana Jagellón (1523-1596). La presencia de esta lujosa pieza en la Biblioteca Jagellón, adornada con el escudo

polaco (probablemente bordado por ella misma), da testimonio del interés de aquella reina por las artes y las humanidades, interés que caracterizó a muchos miembros de la dinastía. La donación de esta espléndida pieza al Collegium Maius de la Universidad de Cracovia es un reflejo de la fuerte vinculación que existía entre la monarquía y los círculos universitarios, a los que está dedicada la tercera sección de esta muestra.

El arte y la cultura del período siguiente, el de la dinastía de los Vasa (1587-1668), es el objeto de la cuarta sección, en la que figuran retratos característicos de esos años y sobresalientes piezas de artes decorativas. El siglo XVII fue el gran momento de la influencia oriental, que tuvo sus manifestaciones más claras en las artes decorativas. Y fue también cuando se consolidó en Polonia la cultura sarmatista, que venía desarrollándose desde finales del siglo XV. Se basaba en la convicción de que la nobleza polaca descendía de los sármatas, una tribu guerrera que en el siglo IV antes de Cristo había llegado a la región procedente del este. Tal convicción llevó a que se orientalizaran los gustos y aparecieran formas artísticas locales basadas en modelos originarios de Turquía y Persia. Aunque Turquía era una amenaza militar permanente, la cultura de Oriente era tan atractiva para los polacos que ya para siempre harían referencia a ella. Los armenios, que habitaban territorio polaco desde el siglo XIV, desempeñaron un importante papel en ese acercamiento de Polonia al arte persa y otomano. Monopolizaron el comercio con Oriente –importando por ejemplo, sobre todo de Persia, los muy apreciados textiles que se colgaban en los muros– e introdujeron en el arte polaco numerosos motivos orientales. Y, finalmente, iniciaron la producción local del fajín que se llevaba con el *kontusz*, una prenda de seda y de extraordinaria calidad artística que la nobleza polaca adoptó como parte de la indumentaria nacional. Muy distinta de las que se utilizaban en Europa occidental, su forma revelaba la influencia de la moda oriental. El atuendo completo se componía de prendas largas: el pantalón llamado *zupan* y el *delia*, y encima, desde principios del siglo XVIII, el *kontusz*, con el fajín de seda a juego. El accesorio indispensable para la nobleza polaca era el sable, que equivalía a la espada de los caballeros medievales.

Los nobles polacos gozaban de plenos derechos civiles, vivían en las tierras de su propiedad y se consideraban herederos de la tradición del caballero medieval, defensores de la fe y de la patria –y también descendientes de los sármatas. Eran fervientes católicos y empleaban el latín eclesiástico, que era el idioma de los segmentos cultos de la sociedad. No obstante, en la tolerante república polaca también podían cultivar las costumbres sarmatistas los que profesaban otras creencias. Las residencias y casas solariegas de la nobleza y los

palacios de los magnates estaban ricamente decorados con piezas de diversos tipos; ocupaban un lugar destacado los retratos familiares, y también las telas turcas y persas que cubrían las paredes, siendo las más apreciadas las de seda con hilo de oro y plata. El retrato característico representa al modelo de cuerpo entero, en composiciones tomadas de la pintura occidental aunque el estilo es claramente distinto por las evidentes carencias técnicas de los pintores y por la presencia de elementos sarmatistas. Tanto los artistas polacos como los extranjeros que trabajaban en Polonia se servían de modelos occidentales, en especial de Italia y los Países Bajos.

La influencia de los Países Bajos se concentraba sobre todo en Gdańsk, ciudad que en los siglos XVI-XVIII adquirió mucha importancia por su situación en las rutas comerciales y que en la segunda mitad del XVII fue un destacado centro de la orfebrería. De sus talleres salían ricas vajillas para la clase culta y acaudalada de la ciudad y de otras zonas del país. Fue muy popular en esa época un tipo de cuchara que llevaba inscripciones en polaco en el mango.

En la Polonia del siglo XVII tuvieron un gran desarrollo las pompas fúnebres, que se celebraban con gran solemnidad, y a ellas está dedicada la quinta sección de la muestra. Al colocarse en el ataúd, a veces buscando incluso efectos teatrales, los ornamentos funerarios creaban un *castra doloris*, una fortaleza de dolor. La pequeña nobleza no podía permitirse tanto dispendio, y por ello su manera de preservar la memoria del difunto era colocar allí su imagen, en los llamados *retratos de ataúd*. La riqueza y la originalidad de esas ceremonias justifican que sus diversos aspectos se presenten como una sección propia de esta exposición.

La victoria del rey Juan III Sobieski (1629-1696) sobre los ejércitos turcos que ponían sitio a Viena en 1683 es el objeto de la sexta sección. Era profunda la convicción de que sin la aparición de la Madre de Dios no se habría podido derrotar a las fuerzas del gran visir Kara Mustafá, que amenazaban a toda la Europa cristiana. Por eso, tras su triunfal regreso de aquel episodio, el rey donó a la Iglesia multitud de objetos. En la exposición figuran algunos de ellos, como la bandeja que regaló al monasterio de Jasna Góra y la alfombra de tipo «polaco» que al parecer entregó a la iglesia de la Nuestra Señora de la Misericordia de Studzianna.

La extraordinaria importancia que tuvo aquel episodio se refleja en el retrato del monarca aquí incluido, en el que monta un caballo en corveta y viste una armadura de escamas a la antigua –muy frecuente en el siglo XVII, este tipo acabó convirtiéndose a finales

de esa centuria en la característica armadura de parada sarmatista. La victoria de Viena inspiró gran número de medallas en varios países europeos. La realizada por Johann Höhn el Joven (h. 1642-1693) que aquí se muestra es una de las varias que realizó este artista para celebrar los éxitos militares de Juan III Sobieski. Con ese motivo se realizaron también, en los mejores talleres europeos, numerosas series de grabados.

La séptima sección está dedicada al arte polaco del período en que gobernó el país la casa sajona de Wettin (1697-1763), que fueron años de conflicto en las relaciones entre la monarquía y la nobleza –conflicto de ambiciones y de lucha por el poder propiciado por la enorme riqueza de los magnates. Esa situación explica también por qué algunas residencias nobiliarias de Polonia no tenían nada que envidiar, en esplendor, a las de Europa occidental. Los monarcas trataron de contrarrestar las ínfulas de la nobleza ganándose el favor de las capas más numerosas de la sociedad. Un testimonio de esa actitud es el retrato que aquí se expone de Augusto III (1696-1763) vestido con el *kontusz* nacional.

En la segunda mitad del siglo XVIII, Polonia vio amenazada su soberanía por los países vecinos –Prusia, Rusia y Austria. Entre la elite ilustrada se desarrolló un movimiento patriótico que abogaba por el reforzamiento del Estado y la introducción de las reformas que tanto se necesitaban. La Confederación que se constituyó en Bar (Podolia) en 1768 era una unión de la nobleza en defensa de la independencia del país y contra la injerencia de Rusia en la política polaca. La Gran Dieta de 1788-1792 desempeñó entonces un papel de especial importancia, pues el 3 de mayo de 1791 aprobó una constitución (la segunda del mundo) que establecía la estructura del Estado y los derechos y obligaciones de sus ciudadanos. La decisiva fecha del 3 de mayo de ese año se conmemora en una medalla de plata que puede verse en esta exposición, acuñada en Ámsterdam por el holandés Johann Georg Holtzhey (1729-1808).

La octava sección de la exposición está dedicada a Estanislao II Augusto Poniatowski, gran protector de las ciencias, las artes y la literatura. Supervisaba en esa época las colecciones artísticas reales un pintor de origen italiano, Marcello Bacciarelli (1731-1818). En 1787 el rey le encomendó a Zygmunt Vogel que catalogara las piezas de la Antigüedad clásica. Uno de los artistas extranjeros que trabajaron para el monarca y que dejaron huella en el arte polaco del siglo XVIII fue Jan Christian Kamsetzer (1753-1795). Estanislao II Augusto fomentó asimismo las manufacturas de fajines de *kontusz*, porcelana y vidrio. Ese interés está representado en esta exposición por una pieza de la vajilla llamada «del Sultán», la mejor de las de la época: realizada en 1777 como obsequio del rey al sultán otomano

Abdul Hamid I (1725-1789), se envió a Estambul por conducto de Numan Bey, embajador turco en Polonia.

En su palacio de Varsovia reunió Estanislao II Augusto una magnífica colección, en la que junto a numerosos retratos suyos destacaba la *Niña en un marco* de Rembrandt –que había sido adquirida por su sobrino el príncipe Józef Poniatowski (1763-1813), mariscal de Francia. A ese coleccionismo real y también al de la nobleza está dedicada la novena y última sección de la exposición.